

La raíz de La Mandrágora

Raros tiempos para encuentros notables. Honor de hablar con el escritor maldito, invisible por incólume, Enrique Gómez-Correa, único sobreviviente y portaestandarte del movimiento surrealista chileno, La Mandrágora. Nacido en Talca, allá por 1915. Ciudad agraria que no pudo o no supo tolerarle. Feudo petrificado aún más que ese mítico río volcánico que vio unirse como caballeros del desorden del espíritu rimbaldiano a tres jóvenes poetas plenos de magia y belleza. Braulio Arenas, Teófilo Cid y el mismo Gómez-Correa debieron huir hacia la capital, que tampoco se esperaba el asalto al parnaso chileno que tenían ya en mente estos forajidos del verbo.

Lúcido, humorista terrible, no se cansa de traspasar el relevo de secreta magia a los poetas recién llegados a este reino de palabras vivas, en su escondida casa del aristocrático Santiago antiguo. Postrado hace más de diez años por cruel enfermedad, rememora, lee y corrige el que piensa será su último libro. Porque la coherencia temática y estilística de su obra que va de "Las hijas de la memoria" (1940) hasta su inédito "Las cosas al parecer perdidas" (1994), hablan de una vida dedicadas a la "poesía, amor y libertad sobre todas las cosas" como anunciaran en el primer número de La Mandrágora, órgano oficial de la "belleza revulsiva" tan querida por el Surrealismo.

La experiencia maldita que la poesía de Gómez-Correa nos plantea derechamente, tiene más que ver con "el razonado desorden de todos los sentidos" del poeta-niño de Charleville, que los excesos que mal acostumbran a los escritores de finales de este siglo. Aunque su actual serenidad no le retracta ni un ápice de sus rebeldías y enfrentamientos primerizos. Consumió feliz matrimonio alquímico con la escritora Wally Ossa, quien ha acompañado por medio mundo a este abogado-diplomático. Miembro del movimiento surrealista mundial, es tradición que illustre sus poemas con obras de pintores como Magritte, Donati, Brauner, Hérold, Mayo, Granell y el chileno Ludwig Zeller.

Escucharle es recomponer la línea continua de la tradición literaria chilena. Oír de sus labios sobre la bondad inagotable de Huidobro para con los jóvenes poetas, las batallas campales contra los retardatarios de la vanguardia, la férrea amistad con Braulio Arenas, quizás el más literato de los surrealistas chilenos. Me confidencia sobre las dudas de este último, sus tristes pasos en falso en la arena política y la expulsión-despedida del otrora gándy Teófilo Cid. Amigo personal del mítico primer pelotón de militantes surrealistas: André Bretón, Louis Aragon, Paul Eluard, Phillipe Soupault y Benjamín Péret.

La sola visión de su biblioteca abarrotada de obras clásicas y modernas, encuadernados tomos con las obras completas de Sade, raras primeras ediciones e incunables carísimos se sobrepone al escaso inmueble de los actuales escritores (consumidores de dietéticas para el espíritu en revistas de guisos literarios a la moda). Encontrarse con los poetas de La Mandrágora, saludando el paso del tiempo que parece no afectarles desde sus faros de adelantados. Allí vi a Jorge Cáceres aún bailando, Omar Cáceres entre estatuas de sal, Carlos de Rokha suicidado de sí mismo, Rosamel del Valle disfranzándose en serio y muy cerca y muy lejos a la vez, Eduardo Anguita.

Ya está más que confirmado, el Surrealismo "esa rebelión total del espíritu" como lo pregonaron a quien quisiera escucharles, ha alcanzado estatura de movimiento estético-cultural a la altura del Romanticismo o el Barroco. Pulsión planetaria que puede seguir irrumpiendo en los lugares más apartados, menos poéticos o simplemente impensables. Como bien lo ejemplificó Stefan Baciu, crítico e investigador del movimiento, profesor de la Universidad de Hawai y por cierto, estudioso de la fracción chilena. Y si Enrique Gómez-Correa no ha dejado un instante de respirar poéticamente, quizás sea porque aún contempla la atroz flor de la mandrágora, crecida al pie del patíbulo de todos los tiempos.